

Sección III: La relación de Dios con nosotros

DIOS TIENE TRES MORADAS: LOS CIELOS, EL UNIVERSO Y
LOS CORAZONES DE LOS SUYOS.

En la primera sección, «La infinitud de Dios», se recalcó la inmensidad de Dios. Meditamos sobre Su omnipresencia, Su omnisciencia y Su omnipotencia. Si sólo examináramos estas dimensiones cósmicas de Dios, sería difícil entender por qué Él desea tener una relación con tan diminutas partículas del universo como lo somos nosotros.

En la segunda sección de este estudio, «El contexto en que Dios nos ha situado», hicimos ver Su condición de Creador y nuestra condición de criaturas que hemos sido situadas en el mundo que Él creó. Nos dimos cuenta de que Dios desempeña un papel dramático en la historia, y que nosotros somos parte de ese drama histórico. Después hicimos notar que el supremo atributo de Dios es la santidad. Por lo tanto, Su creación tiene una cualidad moral. Su historia, la cual se realiza mediante Su dirección providencial, es impulsada por un propósito moral que conduce a un *telos* definido, es decir, a un destino final. Él espera que nosotros seamos partícipes de esa marcha moral en dirección a ese *telos*. Necesitamos Su ayuda, Su aliento y Su amor para poder llevar a buen fin esta marcha. Por lo tanto, echémosle una mirada a la relación de Dios con nosotros y a la ayuda divina

que Él nos proporciona.

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2 Timoteo 3.16–17).

Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo (2 Pedro 1.20–21).

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios (Juan 3.16–21). ■